

El tiempo necesario

Creo en un mismo cielo para toda la humanidad. En un planeta donde el pulso de las venas tenga el mismo valor en cada punto; donde los ojos puedan mirar con confianza cuando contemplen a un semejante. Creo en la inteligencia como capacidad para comprender los derechos y las necesidades propios en función del equilibrio respecto de quienes nos rodean, y en el fuego como una forma compartida de generar bienestar. Veo los recursos dispuestos para esa nueva era; la consciencia ya en fase para abrir vías de comunicación entre una infinidad de mentes que ya conocen a donde queremos ir colectivamente, a pesar de que no sepamos aún cómo trasladarnos a ese nuevo tiempo de paz, con sus problemas, pero libres de viejas energías que los alimenten de una manera artificial.

Si miramos atrás, nuestra historia viene marcada por la fuerza bruta como un recurso natural para ganar calidad de vida; si miramos hacia adelante, vislumbramos en algún punto cómo la concordia logra unos efectos infinitamente más grandes y valiosos: construir en vez de disputar; sentir, en vez de reaccionar mecánicamente.

Creo que solamente resulta viable un mundo donde cada persona se sienta plenamente en su hogar; donde cada mujer y cada hombre tengan algo valiosísimo que conservar, y pongan su atención en legarlo acrecentado al futuro.

Todavía las grandes causas sirven como banderas de discordia; todavía las creencias limitan la riqueza de la diferencia de criterio, de sentimientos o de emociones. Hay espacio suficiente para todas las posibilidades constructivas, pero se reduce drásticamente cuando confundimos nuestro punto de vista con la verdad absoluta. Y mucho más cuando debajo de nuestros axiomas innegociables escondemos intereses ajenos a la filantropía que creemos albergar, en el supuesto de que el asunto vaya más allá de usarla como un edulcorante de nuestras intenciones para presentarnos ante las miradas ajenas.

Posiblemente soberanismo y no soberanismo carezcan de sentido cuando lo pierdan las fronteras, y las identidades colectivas puedan manifestarse en un nuevo ambiente de aceptación y de reconocimiento; posiblemente las emergencias humanitarias dejen de funcionar como arietes para asaltar gobiernos, y posiblemente los muros –de hormigón, de armamento, de recursos económicos– se conviertan en simples espacios de calma y sombra donde se cobijen las conversaciones tranquilas, en vez de generar rabia, violencia y negocios con el tráfico de vidas.

Hay un futuro cerca, y el tiempo necesario para que lo construyamos.

Pero no mucho más.

Carlos Arias
www.difraccions.com